
RESEÑAS

Nubiola, Jaime, *El taller de la filosofía: Una introducción a la escritura filosófica*, 4ª ed. (1ª ed., 1999), Pamplona, Eunsa, 2006, 248 págs.

En esta obra, Jaime Nubiola reflexiona sobre uno de los problemas más importantes de la enseñanza: aprender a escribir.

Plantea que escribir es semejante a la labor representada en la portada del fresco de Vasari y Stradano “Penélope con sus tejedoras”. Afirma que la actividad filosófica y la creación artística se equiparan y convergen en su didáctica, y resalta que los conocimientos que se obtienen en la primera, no obstante sus elevados objetivos, siempre parten de aquello que para nosotros es más próximo.

El autor insiste en que el conocimiento requiere reflexión y cuidado y, por consiguiente, tiempo, pero siempre un tiempo medido, con un objetivo bien definido. En general invita a leer y repensar en el tiempo y lugar adecuados, con la sugerencia de que se organice un taller que, según nos dice, es de gran ayuda en la actividad creativa del escritor. Resalta que en el horizonte de la vida intelectual se perciben las cosas con una reflexión o atención especiales, porque se contemplan con pausa, tiempo y atención, lo que conlleva a aclarar las pasiones y transformarlas en afectos. Ayuda a desarrollar la capacidad de escuchar y comprender las razones, a través de un ejercicio ético que sobre la vida se puede y necesita aplicar para alcanzar la claridad y la verdad, que al traducirse en escritura hace que el individuo gane autoridad a diario, a través del empeño por ser autor, cuando menos, de sus propias palabras, por decir siempre la verdad, por aclarar la pasión y ser claro en la expresión.

Existen muchos autores de libros sobre el tema de la verdad, no obstante que se trata de temas no filosóficos, precisamente por la razón que menciona Nubiola, es decir, porque solo de un tema abordado con rigor puede alcanzarse un objetivo plausible y verificable, que le dan el carácter de cientificidad a cualquier investigación, como lo resalta el doctor Ponce de León Armenta al señalar lo siguiente:

La verdad es un valor de la ciencia, que incluye la ciencia jurídica, todo tratamiento científico de los fenómenos socio-jurídicos, se circunscribe en la búsqueda de la verdad, para aproximarnos a la misma. Dentro de la dinámica científica es necesario someter permanentemente nuestras convicciones a comprobación; a mayor comprobación de nuestras reflexiones, mayor solidez de nuestras convicciones.¹

¹ Ponce de León Armenta, Luis. *Metodología del Derecho*, 4ª ed., México, Porrúa, 1999, pp. 5 y 6.

También resalta que la capacidad de razonar aumenta con la riqueza de recursos lingüísticos y se inhibe ante su carencia, sin que ello conlleve a la simple posesión de una tediosa erudición, sino que se asemeja más a una audaz aventura personal en pos de la sabiduría, en busca de la verdad, que alcanza su mejor expresión en la escritura.

Es trascendente resaltar que el autor conceptualiza a la metodología filosófica como una rama de la lógica que enseña los principios generales que han de guiar la investigación, pero también como un saber histórico, en el que se suman las mejores experiencias sobre cómo llevar a cabo una investigación personal en filosofía, de forma que alcance el objetivo concreto que en cada supuesto se busca, que en el caso es de la enseñanza de los principios generales que pueden presidir el trabajo del investigador, para lo cual afirma que pueden seguirse como pasos los siguientes:

- a) Mantener la ética del intelecto. Lo cual significa adquirir hábitos de trabajo intelectual, en virtud de que en la filosofía el modo, forma y pautas de la investigación, son tan importantes como los contenidos y resultados.
- b) Guiarse por la inteligencia. Es decir, empeñarse en resolver los problemas de las tareas rutinarias de la vida y de la propia investigación con base en premisas ciertas y en los conocimientos adquiridos, solucionándolos en todo momento y lugar a través de acciones aparentemente menores y sin mayor realce.
- c) Fortalecer la voluntad, evitar ir de acá para allá de un tema a otro, de un libro a otro, de un trabajo a otro, para lo cual es necesario potenciar la disciplina de la voluntad, el hacer siempre lo mismo de modo inteligente.
- d) Nutrir la reflexión filosófica con la experiencia ordinaria.
- e) Considerar que la verdad es hija del tiempo, lo cual significa que en cierta medida, la verdad futura depende de nuestra actividad actual, de lo que cada uno puede contribuir personalmente al crecimiento de la humanidad, al desarrollo y expansión de la verdad.

Analizada la naturaleza del filósofo, se le enmarca no solamente como un mero erudito, sino como quien hace de la filosofía su forma de vida, ya que su pensamiento deja de ser accidental para convertirse en su vida misma, dejando así un sello autobiográfico del saber, hasta el grado de que lleva a otros a continuar por ese camino. Quien se compromete vitalmente en una tarea filosófica trata de cambiar aquellas prácticas o modo de vivir que resulten incompatibles con su modo de pensar, por lo cual si se aplica su vida en la búsqueda de la verdad no puede partir de sus personales limitaciones. Lo cual es entendible, ya que necesita un estado de vida que facilite su

crecimiento personal y de quienes lo rodean. El filósofo no solo pretende saber más, sino ser mejor, y si sus planes de buscar la verdad difieren o no son compatibles con su estilo de vida, cambiará este a través de disciplina intelectual, de estudio y el aprendizaje, pues el arte de crecer en la filosofía requiere de esa disciplina.

Precisamente al aludir a la disciplina y a la metodología para escribir mejor, el autor considera la raíz griega de la palabra método (del griego “*methodos*”, ‘camino’, ‘vía’), aplicada a cualquier saber, se refiere primariamente al procedimiento que se ha de seguir para establecer las proposiciones que dicho saber considera verdaderas, o al menos, provisionalmente aceptables (a falta de otras “*mejores*”). En relación con ese tema Adela Cortina señala:

Distintos métodos proporcionan “verdades” distintas que a veces incluso pueden ser contradictorias entre sí, de modo que la cuestión del método seguido para establecerlas cobra una importancia capital, si es que se quiere aclarar un determinado ámbito del saber.²

Así, vale por trascendente reiterar que nuestro autor resalta la cuestión del método como de primer orden en la tarea del investigador, lo cual es entendible porque en cuestiones de filosofía en general es vital que el filósofo avale las afirmaciones que propone con una clara exposición del método que está utilizando para establecerlas, aunque lamentablemente abundan quienes juegan a las escondidas y no se atienen al rigor de los métodos razonables. Estos personajes suelen acusar de dogmáticos a quienes se atienen a un método determinado; pero no podemos menos preguntarnos si no será mucho más dogmático decir cualquier cosa que a uno se le ocurra sin atender a método alguno. Porque acusar de dogmático es inmunizar cualquier afirmación frente a la crítica razonable, y eso es lo que hace quien prescinde de todo método; no somete a las reglas del juego de los métodos razonables sus afirmaciones, por lo que éstas son mera palabrería que aspira a ser aceptada de un modo acrítico, por simple persuasión retórica. En cambio, quien se atiene a un método determinado en sus investigaciones y expone con claridad los procedimientos utilizados para decir lo que afirma, no se comporta dogmáticamente, sino todo lo contrario, pone sus cartas boca arriba exponiéndose a la crítica argumentada de los demás y posibilitando de

² Cortina, Adela y Martínez, Emilio, *Ética*, 3ª ed., Madrid, Ediciones Akal, 2001, p. 24.

este modo la detección de errores, inconsistencias y cualquier otro fallo que puedan contener sus afirmaciones, por lo que es preciso adoptar si se quiere hablar en serio en cualquier ámbito del saber.

Más adelante el autor resalta también como dato curioso que a partir de los treinta años sólo se aprende lo que uno escribe, lo que afirma. Implica que a partir de cierta edad para crecer no basta con leer, sino que es necesario escribir o enseñar a otros, lo que requiere a su vez pensar y expresarse con autenticidad, para lo que es necesario dominar el leguaje, lo cual no equivale a la esclavización del pensamiento, sino por el contrario, al camino de su efectiva liberación.

Es interesante el énfasis que el autor pone en las virtudes de la vida intelectual, de las cuales resalta la confianza en la propias fuerzas y la humildad. De esta última resalta que lleva a reconocer leal y abiertamente las propias limitaciones y lo mucho que uno no sabe, pues para aprender es necesario evitar la vanidad, que se expresa a veces en la incapacidad de tomar distancia respecto del trabajo realizado para valorarlo en lo que realmente merece. Más adelante menciona que la atención consiste en suspender el pensamiento, en dejarlo disponible, vacío y penetrable al objeto, manteniendo próximos, pero en un nivel inferior y sin contacto, los diversos conocimientos adquiridos que deben ser utilizados. Es ahí en la atención donde se articulan los problemas de la voluntad y la inteligencia, y precisamente la falta de atención puede llegar a imposibilitar totalmente el estudio o a alterar gravemente el sueño. La atención debe centrarse en un primer momento en lo que es más próximo y debe ir de lo más fácil a lo más difícil. Por ello la filosofía no es otra cosa que una estrategia para fortalecer la atención. En relación precisamente con la atención, otro interesante autor como lo es Umberto Eco, también resalta su importancia, desde el punto de vista de que el tema del trabajo del escritor debe ser de su interés, con fuentes asequibles, manejables, con base en un cuadro metodológico de la investigación.³

Nubiola afirma que quien se inicia en la vida intelectual debe desarrollar la imaginación a través del estudio de la literatura, además de cuidar el orden espacial, temporal y personal, en cuanto a la jerarquía de sus valores en los ámbitos de su realización personal, los cuales debe alcanzar a través de planes flexibles, adaptables a las circunstancias cambiantes, de forma que se logre disfrutar haciendo cosas que nos gusten, con horarios y calendarios reales; una vez que se termina el trabajo de un día se planea el del día siguiente, dando un tiempo a cada cosa, y pensar cómo se gestionarán; se

³ Eco, Umberto, *Cómo se hace una tesis*, España, Gedisa, 2000, p. 34.

debe aprender a esperar y a estar a la expectativa, con la paciencia activa. Hay que tener paciencia con uno mismo, con los demás, con la lentitud en el progreso de la comprensión de las cuestiones más arduas.

Pareciera en un primer momento que para el investigador lo más importante es dejar libre a la curiosidad, para lograr así la creatividad; sin embargo, Nubiola resalta que es preciso que la domine, domesticándola para poder emplearla cuando la necesite, para lo cual sugiere proteger las horas de trabajo impidiendo que sean cuarteadas por las noticias, periódicos, televisión y otras interrupciones esterilizantes. Lo que obviamente es muy enriquecedor, ya que precisamente esos distractores quitan mucho tiempo que podría aplicarse a actividades más productivas; también reitera que se debe ir de lo que se conoce a lo que se ignora, y menciona nuevamente a la lectura, principalmente que deben leerse aquellos libros que nos apetezcan por la razón que sea, para lo cual se debe leer sin guardar orden. Basta tener los libros empleados en un montón o en una lista para irlos leyendo uno detrás de otro, de forma que no leamos más de dos o tres a la vez, y siempre siguiendo un plan de escritura, pero sin obsesionarse, además de que se debe ir siempre a todas partes con el libro que estemos leyendo para así aprovechar las esperas y los tiempos muertos.

¿Cómo leer?

Nubiola contesta a esta importantísima interrogante en el sentido de que se tenga siempre un libro en la mano o en el bolsillo, al cual se le debe hacer una pequeña raya al margen de aquel pasaje o expresión con la que nos hemos enganchado o nos gustaría anotar o fotocopiar, y también llevar dentro del libro una octavilla que nos sirva de punto y en la que anotemos los números de esas páginas que hemos señalado, alguna palabra que queramos buscar en el diccionario o aquella idea que nos ha sugerido la lectura. Hacer resúmenes de libros que se leen o tomar muchas fichas, afirma paradójicamente, es en la mayor parte de los casos, una pérdida de tiempo.

¿Cómo escribir?

Para Nubiola, aprender a pensar y a articular el pensamiento y la vida es necesario para escribir, por lo que refiere que se debe iniciar coleccionando textos breves que nos den la impresión de que estaban escritos para nosotros, huir del academicismo, huir de

los temas importantes académicamente y centrarse en los temas que realmente a cada uno más le importan. Para ello también es útil abrir una página de curiosidades, cosas o dichos que han llamado nuestra atención, palabras sueltas que debemos estudiar más despacio, metáforas o imágenes que nos han gustado, por su belleza o porque nos hacen volar la imaginación, la cual es la clave de la escritura.

En la obra de referencia se analiza también la grafoterapia, que consiste en escribir, por escrito, problemas para poder lograr una solución. Afirma que para ello se debe escribir sobre el problema como si se tratara de la carta a un amigo, en la que contamos el asunto, y en todo caso si esto se dificulta debe llevarse algo así como un diario que no tenga un carácter confesional e íntimo, sino más bien pretensiones literarias. Resalta que siempre que se escriba deberán tenerse las ideas que sea para que nos quieran, pero siempre diciendo la verdad, reconociendo lo que uno desconoce con valor y estricta conducta ética y moral, tanto pública como privada, pues acota como gran verdad, que no es compatible la moralidad pública con la inmoralidad privada, ya que eso lleva en sí mismo un error de análisis, toda vez que no existen inmoralidades realmente privadas.

De lo escrito por Nubiola se puede inferir que para él la ética tiene una triple función en el momento de escribir, a saber: 1) aclarar que lo moral, con sus rasgos específicos sí es aplicable en el momento de escribir; 2) fundamentar la moralidad, es decir, tratar de averiguar cuáles son las razones por las que tiene sentido que el investigador se esfuerce por lograr un texto con contenido moral; y 3) que el escritor aplique en los distintos ámbitos de su vida social los resultados obtenidos en las dos primeras funciones, de manera que se adopte en esos ámbitos sociales una moral crítica (es decir, racionalmente fundamentada, en lugar de un código moral dogmático impuesto o de la ausencia de referentes morales).

Además, en la obra se sostiene que siempre se debe escribir con la pretensión de que lo escrito sea publicado, porque de otra manera no tiene razón escribir, y lo que no se puede escribir tampoco se debe decir y quizá ni siquiera pensarse. En relación con la publicación, el doctor Ponce de León Armenta precisa lo siguiente:

Consiste en escribir los resultados de acuerdo con lo referido por el consumidor de la investigación, seleccionar parte de los resultados para su publicación, tratando de que sean lo más importantes para el problema presentándolos en lenguaje claro y conciso.⁴

⁴ *Op. cit.*, p. 191

Además de la pretensión de verdad, Nubiola resalta que es necesario culminar esa búsqueda presentando los resultados con la claridad necesaria para que la entiendan plenamente los demás, huyendo siempre de toda afectación del lenguaje oscuro. Nunca se debe escribir algo que no se entiende, de ahí que es necesario pensar con claridad y exponiendo pensamientos propios. Se deben decir solo cosas que uno cree verdaderas, no porque esté de moda, porque lo diga mucha gente o simplemente porque convenga, y nunca se debe considerar eximido de la obligación de estudiar a fondo lo que han escrito otros autores sobre el tema que en cada caso ocupa. Ahorrarse el esfuerzo de investigar la bibliografía pertinente sobre nuestra materia sería dañoso, ya que no se estaría buscando la verdad, sino otra cosa.

En ese mismo tono de ética, el autor precisa que tampoco se deben ocultar las fuentes, porque se asimila al plagio; siempre se deben reconocer abiertamente las fuentes textuales que se emplean.

Pareciera que en ese tono de disciplina y rigor científico el filósofo se encontrará inmerso en una realidad gris y fría; sin embargo, el autor resalta que la verdad que el filósofo predica debe ser divertida y puede ser presentada de modo que haga resplandecer su atractivo, ya que afirma que el pecado más grande del escritor es aburrir a sus lectores.

Para escribir bien, afirma el autor, se debe escribir despacio. La expresión de la propia interioridad no puede hacerse con prisas, de forma apresurada corriendo mucho, y para poder escribir despacio y avanzar en el texto se precisa disponer de tramos de cuatro o cinco horas, sin interrupciones, sin distracciones, por lo que hace falta escribir mucho, con obcecación y sin miedo, trabajando sin pausa y sin renuncia en lo que a uno le gusta. Para aprender a escribir lo único indispensable es escribir mucho, con la paciencia infinita, pero también con tenacidad y constancia.

Nubiola nos da cuatro sugerencias para la redacción, relacionados con la igualdad de géneros, a saber:

- a) Eliminar la asociación de las actividades profesionales a un sexo determinado.
- b) Identificar oportunamente los géneros, o mediante paráfrasis neutras.
- c) Superar la óptica androcéntrica que se refleja en los tratamientos de cortesía no simétricos, o en la suposición habitual de que quienes escuchan o leen son varones.
- d) La eliminación del empleo de diminutivos que jamás se usarían para varones.

En el capítulo que titula “El arte de escribir”, el autor cita a Joaquín Lorda, del que extrae algunas notas de una carta que resultan realmente interesantes. Entre ellas que cualquier persona que vive de sus ideas debe cuidarlas, para lo cual debe expresarlas con la mayor perfección, propiedad y belleza. Es preciso que se aplique a aprender los secretos de la escritura, entre los que se encuentra la corrección, es decir, la revisión reiterada y aguda de lo escrito. Afirma que el escritor debe ser para sí mismo el más duro crítico. Los escritos se deben tratar con dureza por quien los escribió, para lo cual el escritor debe adelantarse al lector, no perdonar nada, eliminar la tentación de la idea redonda, pero marginal e inoportuna, intentar mantener el hilo conductor y desembarazarlo de todos los recursos literarios innecesarios, procurar ser ameno, sin concesiones y breve, sin ser esquemático. Por ello, afirma, es mejor no escribir que hacerlo mal; escribir con frecuencia, siempre brevemente, pensando siempre en los lectores concretos a los que se dirige ese escrito. Se debe leer mucho, y bien, buen castellano, porque forma parte del oficio pensar, cultivarse para mantener y elevar el nivel de la inteligencia y de las palabras.

Resalta como una regla de la redacción, la de mantener el orden natural de la oración castellana, sujeto, verbo y complemento; sin embargo, nos da la oportunidad de que más adelante se pueda alterar ese orden consecutivo para escribir con más libertad.

Para escribir filosofía el autor destaca que hace falta leer la filosofía acumulada en los libros, una y otra vez, durante mucho tiempo y tener cierta planeación de lo que se quiere escribir. Se debe definir a qué género se quiere que corresponda el trabajo y con qué plazo se cuenta o qué tiempo en horas se puede dedicar a su preparación, qué extensión tendrá y sobre todo qué se quiere decir en ese texto y cómo se va a organizar para que diga eso. Sin embargo, deja un margen de acción al señalar que en los casos en que escribir no es distracción o descanso, sino trabajo, hace falta siempre planificar en líneas generales lo que se va a escribir. Se debe preparar un índice provisional, en el que se indique la extensión en número aproximado de palabras que se van a utilizar en cada parte.

El autor resalta que es mucho mejor escribir despacio y producir desde el principio un texto definitivo en todos sus detalles; lograr una producción constante de ochocientas a mil palabras, que en hojas se traducen en dos diarias, es decir, doce folios a la semana, cuarenta y ocho al mes, y cuatrocientos ochenta al cabo de diez meses de trabajo, los cual es un paliativo para considerar que una tesis de doctorado puede

terminarse con cierta prontitud. Al respecto, Umberto Eco menciona que en relación con el tiempo que debe aplicarse en una tesis lo siguiente: "Digamos de entrada: no más de tres años y no menos de seis meses".⁵

Nubiola sugiere también que se atienda al género en que se escribe, por lo que se debe también adoptar el tono y las convenciones vigentes en aquel ámbito en el que queremos ser escuchados. Concluye su obra abordando la elección de director de la tesis de doctorado, elección del tema, articulación del tema en un plan de investigación más amplio, calendario y plan de trabajo, el título de la tesis y el índice provisional, así como la argumentación de la tesis, recopilación del material y estrategias de la investigación, la selección de la bibliografía, obras de referencia general y especializada, archivos y acceso a materiales de trabajo, ficheros y carpetas.⁶

De lo expuesto se puede inferir que si bien nuestro autor resalta muchos puntos importantes para aprender a escribir, valiosos para lograr un mejor trabajo; sin embargo, no puede dejar de advertirse que el autor reitera desde la primera hasta la última hoja el papel principal de la lectura, la cual afirma es fundamental. Por eso el énfasis en la comprensión y la importancia de la información, por no mencionar de la hermenéutica de la interpretación, la lectura de los clásicos, el papel de la lógica y de la gramática, la autocorrección continua, como algunos de los elementos imprescindibles para iniciar el fascinante camino de la escritura.

Nubiola sugiere que planificar los escritos, aunque cueste más trabajo. Afirma que aprender a escribir, y continuar escribiendo, sobre todo en filosofía, garantiza la realización de esa actividad que se llama "filosofar" y revela mucho sobre la persona que escribe, especialmente sus potencialidades, algunas ya actualizadas, de aquí he de decir algo respecto a la actividad de un taller de escritura: muestra lo que puede llegar a ser, como ser pensante, por lo que debemos estar atentos a reconocer esos atisbos y fomentarlos. No debemos minimizar el papel de la corrección, pues es una forma de disciplina y autodisciplina, de trabajo de autocontrol en el que, bien llevado a cabo, todos salimos ganando.

Así, en la obra *El taller de la filosofía*, Jaime Nubiola da una noticia sumaria de cómo se investiga y una información más detenida de cómo se escribe de acuerdo con los diversos géneros académicos. Presta especial atención a cómo se escribe en la actualidad una tesis doctoral y proporciona información acerca de los libros donde todo ello se explica con detalle y de los recursos informáticos y bibliográficos disponibles.

⁵ *Op. cit.*, pp. 23 y 24.

⁶ Cfr. Ponce de León Armenta, Luis, *op. cit.*, pp. 105 a 118.

El libro tiene un marcado carácter práctico, pues trata de contagiar la convicción acerca de la extraordinaria utilidad que tienen los hábitos intelectuales de rigor, la claridad y la consistencia, por lo que indudablemente es de gran importancia en la investigación. Nos marca formas de proceder prácticas para la obtención de textos estructurados y con contenido, siendo pertinente también resaltar que uno de sus aspectos más importantes es la carga ética que en cada etapa del trabajo intelectual resalta, lo cual ayuda a constatar que la vida cognoscitiva está llena de valores que también se reflejan en el acto de escribir.

Susana González Hernández*

* Secretaria del Tercer Tribunal Colegiado del Centro Auxiliar de la Décima Región con residencia en Saltillo, Coahuila.